

Chisporroteos

Quando leímos un anuncio de la Asociación Costarricense de Filosofía, en el que avisaban la celebración de una mesa redonda SOBRE EL CRIMEN DE COLIMA, en la que participaría SU AUTOR LIC. ENRIQUE BENAVIDES, decidimos asistir, a pesar de nuestra renuencia a mezclarnos con autores de crímenes.

Nos tranquilizamos luego cuando nos enteramos de que el Lic. Benavides no era el autor del crimen (como temerariamente lo decía el anuncio) sino de un libro sobre él. Pero de todos modos asistimos.

Concurrencia numerosísima. El público no cupo en la sala de conferencias del Teatro Nacional, y hubo de pasar al lunetero, que se llenó y se rebasó hasta las primeras hileras de butacas.

Exposición de los cinco participantes en la mesa redonda. Todas interesantes, un consenso visible de opiniones sobre el caso.

Terminadas las exposiciones, el fenómeno costarricense de rigor: pocas gentes en el público con deseos de participar en el debate. Uno por aquí, otro por allá.

Hasta que —fenómeno costarricense típico también— de pronto la gente entró en calor. Le costó, pero entró. Y se levantaron numerosas manos de abogados, estudiantes, intelectuales e interesados que deseaban participar.

Ese fue el momento que el Presidente de la Mesa, Lic. Teodoro Olarte, escogió para dar por concluido el acto. Es decir, el momento en que el asunto iba a tomar interés y calor, en que los circunstantes se habían decidido a formular preguntas y dudas, y en que la reunión iba a comenzar a tener sus efectos, (si es que se trata de algo más que de oír las opiniones de diez minutos de los cinco participantes oficiales).

Fue una lástima. Reunir más de trescientas personas para tratar de un asunto así, en pleno diciembre, con las calles iluminadas y el jolgorio navideño a cien varas del establecimiento es, por lo menos una proeza.

Pero el Lic. Olarte, por lo que parece, se aburrió. Se fatigó. Se hartó de estar allí. De ser Olarte, pasó a ser Elarto.